

VILLAVERDE RICO, M.<sup>a</sup> José y LAURSEN, John Christian (eds.). *Forjadores de la Tolerancia*. Madrid: Tecnos, 2011, 322 pp.

Buena parte de las ideas y conceptos que integran nuestro lenguaje político y social contemporáneo tienen un origen en la modernidad, se han desarrollado a lo largo de la historia y se han ido dotando de un contenido semántico concreto. Sin duda, la tolerancia es uno de los principios que ha irrumpido con más fuerza en el vocabulario de las sociedades democráticas en las últimas décadas. Por doquier se habla de tolerancia cero hacia los maltratadores, los fanáticos o los homófobos, sin que seamos perfectamente conscientes de lo que ello significa o de las consecuencias y límites de la intolerancia, que es el antónimo que no se quiere utilizar por la carga peyorativa que conlleva y al que se ha sustituido por una expresión, a mi juicio, cursi y confusa. ¿Acaso ser tolerante nulamente no significa lo mismo que ser intolerante? ¿Y qué es ser tolerante? Si atendemos a la definición del *Diccionario de la Real Academia Española*, tolerar es «Respetar las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias» o «Sufrir, llevar con paciencia». ¿Realmente debemos respetar, por ejemplo, a los creacionistas o a los que niegan el Holocausto, o tan solo debemos sufríroslos con paciencia? ¿Qué traslación tiene en la esfera pública el respeto y la paciencia? En *Forjadores de la Tolerancia* no encontramos respuesta a estas u otras preguntas en el contexto actual, pero la lectura del libro

nos invita a pensar sobre ellas, a cuestionarnos nuestras propias opiniones sobre el tema y a evitar la simplicidad en el análisis de un tema con muchas aristas.

Conscientes de que el ámbito y la extensión de la tolerancia es uno de los problemas fundamentales que tienen planteado las sociedades liberales y democráticas del siglo XXI, M.<sup>a</sup> José Villaverde, catedrática de la Universidad Complutense, y John C. Laursen, profesor en la Universidad de California, han acertado con el objetivo y el planteamiento del volumen. Se trata de estudiar el origen histórico del concepto de tolerancia en la época moderna, a través del análisis del pensamiento de alguno de los teóricos precusores del mismo, del contexto en el que se fraguó e incluso de la réplica de sus oponentes los intolerantes. Desde el punto de vista metodológico, pues, el enfoque combina la Historia de las Ideas con la Historia Conceptual, dando como resultado un riguroso e imprescindible libro para los especialistas en el tema y ofreciendo un utillaje teórico de primer nivel.

En la Europa del siglo XVII, asolada por las guerras de religión y las constantes divisiones y subdivisiones doctrinales, la tolerancia se planteó inicialmente en términos religiosos, lo que llevaba aparejado la libertad de conciencia (entre el individuo y Dios no puede haber interferencias ni coacciones, especialmente para los grupos protestantes). Planteado así el asunto, poco a poco se fue abriendo paso la tolerancia política, con la libertad de pensamiento y expresión como corolarios de la misma. Así, libertad y tolerancia no son sinónimos,

aunque sí son conceptos complementarios que dialogan entre sí. Sin embargo, lo que queda claro en este libro es que no fue un proceso ni fácil ni lineal, ya que operaban muchas fuerzas políticas y religiosas en su contra, ni mucho menos exento de contradicciones o puntos ciegos, como los denomina el profesor Laursen en el capítulo uno.

Para trazar esta compleja historia Villaverde y Laursen han reunido a trece especialistas más, que a lo largo de sus trabajos van desgranando las reflexiones sobre la tolerancia de filósofos tan conocidos como Locke, Thomasius, Leibniz, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Kant o Mill. La nómina es impresionante, aunque otra importante aportación del libro es la inclusión de personajes menos estudiados en la historia del pensamiento como Pierre Bayle, siempre mencionado como el autor del *Diccionario histórico-crítico* pero pocas veces analizado en profundidad, tal y como hace Luisa Simonutti. Especialmente esclarecedor es también el artículo de Jakob de Roover y S. N. Balagadhara que nos saca del contexto europeo para trasladarnos a la India en la época colonial y que desarrolla una hipótesis muy novedosa: cómo se convirtió la tolerancia en un principio moral irrenunciable dentro de las corrientes del cristianismo reformado y cómo fue aplicado por los británicos en la empresa colonizadora. Así, se cuestionan los argumentos habituales para explicar el nacimiento de la tolerancia como resultado de un análisis sobre el coste-oportunidad de acabar con las guerras de religión.

Por otro lado, podría criticarse que no están todos los autores que deberían, que faltan algunos otros destacables o que no se ha incluido a ningún pensador español. Sin embargo, en un libro de este tipo siempre hay que elegir, seleccionar y priorizar, y cada editor lo hace en función de sus intereses intelectuales o de su campo de especialización. Lo importante, a mi juicio, es que el volumen tenga coherencia y que tanto los autores como los temas incluidos respondan a criterios de excelencia investigadora y en este caso, sin duda, es así.

Un breve repaso al contenido de los artículos, algunos ya recogidos más arriba, no haría justicia a la profundidad y el interés de todos ellos, pero al menos puede dar una visión general del libro y espero que despertar la curiosidad del lector.

El profesor Laursen, al igual que M.<sup>a</sup> José Villaverde, es autor de dos artículos: uno sobre los aspectos intolerantes de la *Utopía* de Denis Veiras y otro sobre los puntos ciegos en las teorías de la tolerancia de Milton, Spinoza, Locke y Bayle. El planteamiento de la cuestión, en este primer capítulo del libro, es muy audaz y sugerente, ya que al utilizar la metáfora «puntos ciegos» se está refiriendo a los rasgos de intolerancia que había en los planteamientos de los forjadores. Al analizar estas cegueras en los precursores de la tolerancia también argumenta sobre las explicaciones del tipo: en realidad no querían decir eso, el contexto histórico les condujo a esas conclusiones o realmente estaban equivocados. En el fondo, Laursen nos está planteando

a los lectores la necesidad de analizar y evaluar detenidamente nuestras propias posiciones y puntos ciegos sobre la tolerancia, a la vez que ser más ecuánimes a la hora de valorar el pensamiento de estos autores.

En el capítulo dos el profesor Henri Krop analiza la represión del cartesianismo radical (van Velthuysen, Meyer y los hermanos Koerbagh) en los Países Bajos, contribuyendo a cuestionar la asentada y repetida imagen de que esa zona de Europa era una isla de tolerancia y libertad, sin censura, en medio de una Europa represora e intolerante. Lo cierto es que los Países Bajos eran un estado confesional en el que perfectamente se podía sufrir represión y castigo si no se comulgaba con la doctrina oficial y si se consideraba que el orden político-religioso estaba en riesgo. Así, el artículo de M.<sup>a</sup> José Villaverde sobre Spinoza es complementario del anterior, ya que analiza la persecución a la que se estuvo sometido el autor de origen judío, y atribuye la opacidad de algunos de sus escritos no solo al temor sino también a su interés por la alquimia. Esta es una hipótesis muy interesante que se confirma también en el caso de Newton, que mantuvo en el más estricto secreto este tipo de experimentos, e incluso parece que llegó a destruir su laboratorio, porque los consideraba solo para iniciados, ya que de tener éxito ofrecerían una prueba irrefutable de la influencia de Dios en la transformación de los metales (v. Thomas Levenson, *Newton y el falsificador*).

Por otro lado, la profesora Villaverde es también autora de un estudio sobre las paradojas del pensamiento

de Rousseau, adalid de la tolerancia, pero que en su defensa de la religión natural arremete contra ateos y católicos. Entre los pensadores del siglo XVIII no podían faltar artículos sobre Montesquieu y su análisis de la intolerancia desde el punto de vista histórico y político (Rolando Minutti), sobre Voltaire y su defensa de la tolerancia pasiva acompañada de una crítica feroz al fanatismo religioso (Sébastien Charles) o sobre Kant. Joaquín Abellán es el autor del artículo sobre Kant en el que expone de manera clara cómo para el filósofo la tolerancia era la consecuencia del respeto a la dignidad de las personas que, además, debía estar garantizada por el estado derecho. Así pues, era una virtud política además de una virtud cívica. Por último, Jonathan Israel analiza la tolerancia e intolerancia entre los *antiphilosophes* franceses y contrapone su ideario al de los ilustrados. Lo que demuestra es altamente aleccionador, ya que ni los ilustrados ni los anti-ilustrados mantenían unas posturas consecuentes y claras sobre la tolerancia y había rasgos de intolerancia en ambos, lo cual nos remite a los puntos ciegos y a la necesidad trazar panoramas más matizados. Las fronteras no estaban claras entonces y dudo que los estén ahora.

Ian Hunter le dedica el capítulo quinto a John Locke, un autor que no puede faltar en un libro sobre la tolerancia, dado que es el autor de la famosa *Carta sobre la tolerancia* y ha pasado a la historia como el primer gran defensor de la misma. Sin embargo, Hunter contrapone el pensamiento de Locke con el del jurista Thomasius para demostrar

que el primero tenía un concepto más limitado de tolerancia del que habitualmente se ha considerado, al excluir a católicos y ateos, mientras que el segundo defendió un tipo de estado que garantizara la tolerancia como un derecho subjetivo.

Experta conocedora del pensamiento alemán del periodo, la profesora Concha Roldán se ocupa en su artículo de Leibniz y destaca su apuesta constante por la reconciliación de las iglesias cristianas. Esto implicaba una conceptualización de la tolerancia como positiva, en el sentido de que, según Leibniz, había que reconocer las opiniones contrarias precisamente para poder limar las diferencias doctrinales. Frente a esta tolerancia positiva—Roldán hace suya aquí la distinción de Isaiah Berlin entre libertad positiva y negativa—estaría la tolerancia negativa, que consistiría en soportar las creencias del otro aunque no se compartan, lo que nos lleva a pensar sobre cuál es la verdadera tolerancia y la importancia de Leibniz en este sentido.

Por último, el libro se cierra con un artículo de Gerardo López Sastre que se adentra ya en el siglo XIX y el romanticismo, periodo que para el autor supone un verdadero punto de inflexión en la construcción de la tolerancia. Ello se debe al pragmatismo de David Hume y, sobre todo, a John Stuart Mill, que trasciende la idea de tolerancia ilustrada al defender la libertad individual y el derecho de cada uno a dirigir su vida según sus propios criterios. Nada ni nadie puede tener la capacidad para imponer a los demás cómo debe organizar su existencia, lo

que implica tolerar y aceptar la diversidad en sociedades cada vez más plurales, mientras no se atente a la libertad de los demás.

En definitiva, el libro recorre el complejo proceso teórico e histórico de construcción de la tolerancia en la época moderna. Sin embargo, también nos lleva a reflexionar, a hombros de estos pensadores, sobre nuestras propias contradicciones, limitaciones o ángulos muertos de la tolerancia en el mundo actual. Ambos elementos convierten este volumen en una lectura insoslayable.

Eva Velasco Moreno